

Anna Punsoda

LA LUJURIA

Traducción del catalán

MARTA REBÓN

COLECCIÓN FRAGMENTOS
SERIE PECADOS CAPITALES

Oriol QUINTANA, *La pereza.*

Marina PORRAS, *La envidia.*

Oriol PONSATÍ-MURLÀ, *La avaricia.*

Adrià PUJOL CRUELLS, *La gula.*

Anna PUNSODA, *La lujuria.*

Jordi GRAUPERA, *La soberbia.*

Raül GARRIGASAIT, *La ira.*

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *La luxúria*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 63
Serie PECADOS CAPITALES

Primera edición FEBRERO DEL 2020

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Imagen de la cubierta Letra capitular procedente de
Cervantes, *Don Quixot de la*
Manxa, Octavi Viader,
Sant Feliu de Guíxols, 1936.


Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2020 ANNA PUNSODA RICART
por el texto

© 2020 MARTA REBÓN
por la traducción del catalán

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 3.873-2020
ISBN 978-84-17796-27-3

 Con la colaboración del Departament de
Cultura

ÍNDICE

I	La gran rendija	7
II	La autonomía del deseo	13
III	La estructura del amor	19
IV	Deseo y colonización mental	27
V	La estafa del himen y las sacudidas	35
VI	El instinto genital y el hombre máquina	43
VII	Moza de muslos fuertes	49
VIII	Lujuria y trastorno	57
IX	El lujo atravesado	63
	Bibliografía citada	69

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

LA GRAN RENDIJA

HACE VEINTICINCO AÑOS, en un rincón de Cataluña, un marido discreto, padre estricto y buen contribuyente, se escapó de casa con una rusa treinta años más joven que él. Era la comidilla del pueblo. Aprovechando que se comentaba en casa, pregunté qué sucedía. Mi abuelo me respondió: «Mira, hija mía: Cuando llaman abajo, arriba no queda nadie». No entendí esa expresión, y que se señalara la entrepierna para indicar abajo y la frente para indicar arriba tampoco me ayudó.

Cuando llaman abajo, arriba no queda nadie. El tópico de que la fuerza sexual arrastra a los hombres más sensatos recorre toda la historia del pensamiento y explica que la lujuria sea tan temida. No es el pecado peor visto, porque en nuestro fuero interno todos podemos comprenderlo y disculparlo, pero sí es el pecado más temido y con-

tra el cual se ha escrito más literatura. Ante todo, porque pone en peligro la familia, sobre la que se sostienen las comunidades políticas. Y porque, más allá de este aspecto público, la lujuria contiene en sí misma un componente demoníaco.

A raíz de aquel episodio, la comarca se dividió entre los partidarios del pobre marido —en general, hombres temerosos de perder ellos mismos la chaveta— y los partidarios de quemar al marido y a la chica en la plaza pública —entre quienes abundaban las mujeres temerosas de verse abandonadas por jovencitas rusas. Me pareció un asunto peliagudo, porque resultaba que el pobre marido era rico e influyente, y la rusa, esa hechicera tan poderosa, no tenía donde caerse muerta.

Al llegar a la universidad me topé con un texto de Eugenio Trías que arrojaba luz sobre el tema. En su *Tratado de la pasión* Trías distingue entre poder y dominio, y sostiene que en ninguna parte se ve la diferencia entre ambos conceptos con tanta claridad como en el amor. En cualquier relación, el que no está enamorado domina al otro y puede hacer con este lo que quiera. El enamorado, como contrapartida, experimenta un aumento de

sí mismo, de sus capacidades y horizontes (una *puissance*), a la vez que queda en manos de un poder superior (un *pouvoir*).

Es evidente que aquel pobre hombre vivía una *puissance*, porque, a pesar de ser un adefesio y un zoquete, estaba convencido de que la chica bebía los vientos por él. Y también es evidente que la chica lo tenía dominado y que usaba ese dominio para compensar una carencia de poder. Es por esta desigualdad en el marco exterior visible que niego la mayor de este ensayo: sostengo que la lujuria no es un pecado, sino un lujo que durante muchos siglos solo han podido darse los hombres. Desde Dalila hasta Manon Lescaut, al menos si nos fijamos en los grandes iconos de la *femme fatale*, veremos que no son más que proyecciones, fantasmas de unos hombres que arruinaban sus vidas a causa de una supuesta seducción. Y digo supuesta porque si vais al Libro de los Jueces o a la obra del Abbé Prévost ahí no encontraréis nada, y nada quiere decir nada, que nos hable de una estrategia maquiavélica para seducirlos. Ni siquiera de una estrategia. Ellas solo son observadas y deseadas por los narradores. Manon Lescaut, el personaje que ha inspirado más óperas en toda la

historia de la música, no dice, en toda la novela homónima, ni una sola palabra al respecto. La lujuria ha sido el deseo de ellos, explicado por ellos, instigado por ellas.

Tout est pardonné, porque coincido con Virginie Despentes cuando afirma que el cuerpo de las mujeres pertenecía a los hombres para contrarrestar que el cuerpo de los hombres perteneciese a la producción, en tiempos de paz, y al Estado, en tiempos de guerra. Pero me interesa el deseo de hombres y mujeres, que es diferente, y me ha llevado años entenderlo. Y me interesa el deseo del sujeto moderno, entendido como instancia psíquica que se piensa y se posee a sí mismo. Es por eso que aquí comentaré sobre todo obras modernas y contemporáneas.

A pesar de que la historia nos hable de víctimas y verdugos, la lujuria no distingue entre damnificados. Pringan hombres y mujeres, pero también jóvenes y viejos, incultos y sabios. Seguro que en alguna parte habéis visto la imagen de un hombre mayor a gatas montado por una chica de cabellera larga a la que pasea en un entorno selvático. Son Aristóteles y Filis, que se venga del filósofo seduciéndolo después de que Aristóteles le aconsejara

a Alejandro Magno que se separara de ella para no distraerse. Al ver a su maestro convertido en cabalgadura de su antigua amante, Alejandro se indigna. «Fíjate si tenía razón cuando te advertí que, incluso yo, sabio entre los sabios, hombre ya viejo, me he dejado engatusar», viene a decir la leyenda.

El deseo es la rendija por donde se hundeen los grandes proyectos. Los imperios, los matrimonios, las vocaciones religiosas, los genios artísticos, las carreras políticas. Es lo que mejor cuestiona al sujeto de la Modernidad. Es lo que resquebraja esa razón que aceptamos como fundamento de una subjetividad libre, autosuficiente, capaz de mantener a raya cualquier pasión alienante. Y, sin embargo, también es la rendija milagrosa por la que renace lo que dábamos por muerto.

En un mundo que tenemos totalmente controlado por medio de la técnica, hay que defender que algo se nos escape de las manos. Yo defiendiendo el lujo tanto de hombres como de mujeres de perderse por la entrepierna con tanta dignidad como les sea posible. El lujo de los hombres de ser más que bobalicones que se dejan engañar por un par de tetas. Y el lujo de las mujeres de ser más que seres demo-

níacos que utilizan el cuerpo para vengarse o para llegar a espacios adonde no se las dejaba llegar. Y entiéndanse, en todo el ensayo, hombre y mujer como espacios abiertos comunicantes.

II

LA AUTONOMÍA DEL DESEO

NO HAY LUGAR EN EL QUE se mezclen tan intensamente deseo y afecto como en el primer amor de las mujeres. Veamos, si no, algunas novelas paradigmáticas de los siglos XIX y XX. Todos tenemos en mente *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, y *Aloma*, de Mercè Rodoreda. Dos novelas de primer amor, narradas en primera persona, protagonizadas por dos chicas huérfanas.

Jane Eyre acaba en Thornfield Hall después de una niñez y una adolescencia espantosas. Crece en una casa con gente que la maltrata, y después se va a un internado donde pasa hambre y donde se mueren las amistades que allí traba. Cuando se topa con el señor Rochester, no había conocido a ningún otro hombre. El caso de *Aloma* es parecido. Ella no sufre tantas penalidades, pero cuando Robert llega a Barcelona, apenas había salido